

pondió con una prontitud y un candor que los dejó confundidos). Sin embargo de esto fué condenado, y hasta el último momento del suplicio no cesó de exhortar á los concurrentes á que volviesen á entrar en el gremio de la Iglesia. Despues de haberle ahorcado, le cortaron la cabeza y le descuartizaron, sufriendo tambien la misma suerte sus dos compañeros (1581).

Pasado algun tiempo se hizo mas violenta la persecucion con motivo de una conspiracion verdadera, tramada contra Isabel por Guillermo Parr, caballero católico del pais de Gales. Acalorado este hombre con la efervescencia de un celo indiscreto, habia consultado, hallándose en Paris, al P. Wiat, jesuita, acerca del proyecto que tenia meditado de escitar conmociones en Inglaterra para reducir este reino á la obediencia de la Iglesia (1). El jesuita, que era hombre de mucho juicio y estaba muy firme en los buenos principios, trató de darle á entender el peligro y la inutilidad de su proyecto, y sobre todo el gran delito que se cometió siempre que se perturba la tranquilidad pública y se procede contra la autoridad legitima, aun cuando sea por el bien de la Religion. Quedó Parr casi convencido; pero por desgracia tropezó con algunos de sus compatriotas de imaginación tan fantástica como la suya, y así despreció lo que le dijo el jesuita, siguió su primer designio, volvió á su pais para buscar cómplices en su proyecto, fué descubierto, condenado y ajusticiado como reo de alta traicion. Este suceso aumentó en gran manera el rigor de las persecuciones anglicanas. Formó el parlamento una acta auténtica, mandando á todos los sacerdotes que saliesen del reino dentro de cuatro dias, pena de ser tratados despues de este término como reos de alta traicion. Los que los recibiesen ú ocultasen eran condenados como

reos de felonía. Se declaraba tambien, que si no volvieran en el término de seis meses los que se hallaban en los seminarios extranjeros, y si no se sujetaban al nuevo sistema ante un obispo anglicano ó un juez de paz, serian igualmente mirados como reos de alta traicion; que los que directa ó indirectamente enviases dinero á tales seminaristas, serian privados de todos sus bienes y castigados con destierro perpétuo; y en fin, que cualquiera que tuviese noticia de algun sacerdote papista, y en especial de algun jesuita que estuviere oculto en el reino, y no le delatase dentro de cuatro dias, pagaria una multa y se le pondria en la cárcel. No es necesario que nos detengamos en pintar estas horribles escenas, para que pueda formarse una idea de la sangre que se derramaria con motivo de una injusticia tan atroz, revestida de todas las formalidades y aparato de la justicia.

Los asuntos de la Religion iban tomando en los Países-Bajos, ó por lo menos en las provincias mas inmediatas al mar, un semblante casi tan triste como en las islas británicas (1). Llenos de audacia los sectarios, hasta en Amberes, se empeñaron en detener á mano armada una procesion del Santísimo Sacramento, á que asistia el archiduque Matias con todos los católicos. Queriendo abrirse paso los que acompañaban á los estandartes, dispararon contra ellos los herejes, echaron dos hombres á tierra, obligaron á los demas á huir precipitadamente, y no tardó en deshacerse la procesion. Muchos de los mas considerables, y aun el mismo archiduque, fueron llevados con violencia á la iglesia, de donde solo se permitió al principe salir despues de un largo rato y como por favor. En cuanto á los demas, declararon los sediciosos que no los pondrian en libertad hasta que desterrase el magistrado doscientas personas entre canónigos y sacerdotes secula-

(1) Cambd. *Annal. Reg. Elis. ad ann. 1584*; De Thou, l. 79.

(1) Strada, *de Bella Bel. l. 1, dec. 2*; De Thou, l. 68.

res y regulares, cuyos nombres presentaron por escrito. Habiéndose negado esta peticion, se apoderaron ellos mismos de los doscientos proscritos, y los arrojaron de la ciudad. Lo mas que pudo conseguir despues el archiduque con quejas y amenazas, fué que hubiese libertad de conciencia en la ciudad, y que se dejasen algunas iglesias para los católicos, excepto los cabildos y los conventos. El año siguiente 1580 celebró en la misma ciudad esta faccion, ya mas atrevida y altamente rebelde, una asamblea numerosa, en que se resolvió que era necesario renunciar enteramente la obediencia del rey de España.

La rebelion y el fanatismo hacian iguales progresos en toda la estension de la desgraciada Bélgica (1). Un aventurero, de quien no sabemos que tuviese otro apellido que el del lugar de su nacimiento, Juan Guillermo de Ruremunda, se atrevió á publicar en Gueldres que habia sido suscitado por Dios para dar nuevo realce á la fé impura de los anabaptistas y restablecer el reino de Munster; y escribió un libro para autorizar la pluralidad de mugeres entre sus secuaces, á los cuales llamaba ciudadanos de la nueva Jerusalem, ilustrados esclusivamente con las luces de la divinidad, y destinados al imperio del universo, así como los israelitas lo estuvieron en otro tiempo á la conquista de la tierra de promision. Decia públicamente que le habia entregado Dios la espada de Gedeon para dividir con igualdad entre sus discípulos los bienes de este mundo, que solo pertenecian á Jesucristo y á los verdaderos fieles. Con este pretexto permitia el robo y todo género de saqueo y de latrocinio. Hubo muchas personas, especialmente entre la nobleza, que no solo fueron despojadas de sus bienes, sino tambien ultrajadas y asesinadas con bárbara crueldad. Cinco años habia que duraban estos desórdenes, cuando el duque de Claves tuvo la felicidad

de hacer que prendiesen al perturbador fanático, el cual fué quemado á fuego lento, sin dar la menor señal de estar arrepentido (1580).

La magestad de la diadema era violada con descaro por todas aquellas reformas hipócritas, para las cuales no habia en el fondo ninguna cosa sagrada. Entretanto añadia Felipe II á su poder, ya tan formidable, todos los antiguos dominios y todas las ricas conquistas de los reyes de Portugal. Preocupado el jóven rey Sebastian con las ideas caballerescas de su tiempo, habia pasado á Africa con algunas tropas, sin atender á la infinita desproporcion de sus fuerzas con las de los infieles, los que, despues de algunas ventajas poco considerables que consiguió el rey, arrollaron su ejército y le confundieron, igualmente que á toda la flor de su nobleza, en la horrible carnicería en que perecieron todos los que le habian acompañado. Fué su sucesor el cardenal D. Enrique, presbítero, hermano de su abuelo, hombre muy achacosos y de sesenta y siete años de edad, y dejó vacante el trono á los diez y ocho meses de reinado. De todos los pretendientes que no dejaron de presentarse para esta herencia, el que tenia mejor derecho y cuya posteridad recobró despues el trono, es decir, el duque de Braganza, casado con Catalina, hija del infante Eduardo, hijo del rey Manuel, y descendiente el mismo, aunque en linea menos directa, de los reyes de Portugal, fué el que menos obstáculos puso á las pretensiones del rey de España, el cual era efectivamente descendiente de la hija mayor del infante Eduardo, pero dicen estaba escludido por las leyes fundamentales por escluirse en estas de la corona á todos los principes extranjeros. Estas leyes conservaron toda su fuerza respecto de los demas concurrentes; pero los ejércitos de Felipe las hicieron nulas para él. El gran prior de Crato, hijo natural de Luis, segundo hijo del rey Manuel, se hizo proclamar rey por el populacho, y con algunas tropas levantadas á la ligera se atrevió á oponerse á los tercios veteranos de Castilla, man-

(1) De Thou, l. 71, ad ann. 1580.

dados por el famoso duque de Alba, el cual no tardó en disipar aquella facción despreciable. Por consiguiente, en el año 1580 fué generalmente reconocido Felipe por soberano de los Estados de Portugal, así en Europa como en las Indias.

Hizo tan poca fuerza á los flamencos este aumento de poder, que á 26 de julio del año siguiente se resolvió en los Estados reunidos en el Haya, que se publicase lo acordado en la última asamblea de Amberes (1). Se escribió, pues, un diploma en flamenco, en francés y en latin, en que se decía que se renunciaba á la obediencia del rey Felipe; que este monarca habia perdido todo derecho á la soberanía de Flandes; que los pueblos de aquellos dominios estaban libres del juramento de fidelidad, á consecuencia de la crueldad de los españoles y de la violacion de la fé dada á la nacion flamenco; que para no dejar á las provincias sin soberano, se habia elegido al duque de Anjou; pero que en Holanda y en Zelanda se publicarian las providencias del gobierno en nombre del príncipe de Orange, y que en todas partes los magistrados y gobernadores prestarían nuevos juramentos ante los diputados de los Estados. Este manifiesto es el título fundamental de la república de Holanda (1584).

Luego que se publicó, se echaron por tierra las estatuas del rey de España, se rompieron sus armas, se borró su nombre de todos los monumentos públicos, se prohibió que en lo sucesivo se hiciese uso de él en ningun documento, se mandó á los oficiales de la casa de la moneda que no empleasen su cuño, y se dió orden á los gobernadores, magistrados y demas para que se retirasen de su servicio, y á todos los que habian obtenido de él empleos judiciales ó municipales, para que presentasen sus cédulas, las cuales debían rasgarse, y solicitasen otras nuevas de los Estados. Esta rebelion no fué

(1) De Thou, l. 74.

menos funesta á la Religion que á la autoridad Real. Se cometieron infinitos desórdenes aun en las iglesias de las principales ciudades, y hasta en Bruselas, que era el lugar de la residencia del gobierno; se rompieron las santas imágenes, á escepcion de las muchas obras clásicas que habia en ellas, las cuales se destinaron para adorno de las casas particulares; se cerraron los conventos y las iglesias; se prohibió á los sacerdotes la celebracion de los santos misterios, y sucesivamente se los obligó á salir de las ciudades en que llegaba á dominar el partido de la heregia y de la rebelion; porque tuvo que luchar mucho tiempo contra España, y aun contra una parte de la Bélgica, padeciendo infinitos daños y calamidades, hasta que se arregló el gobierno de las siete provincias unidas, y se le dió alguna estabilidad. Pero desde este primer golpe mudaron enteramente de semblante todos los Países-Bajos; se abolieron ó trastornaron en las diez y siete provincias las santas prácticas de la Iglesia y todo el culto antiguo, y se quitó á los católicos la libertad de conciencia, ó quedó tiránicamente oprimida.

Las almas piadosas de todos los países, y en particular las de aquellos que habian permanecido constantemente adictos á la dominacion de los reyes católicos, gemian á todas horas delante del Señor al ver esos lamentables triunfos de la heregia, y le preguntaban, llenas de afliccion, si habia abandonado á su heredad mas preciosa. Desde el centro de Castilla, ó por mejor decir, desde el austero claustro, donde Teresa de Cepeda llamaba la atención de aquel que dirige hasta las revoluciones de los imperios á la santificacion de sus escogidos, enviaba al cielo fervorosas oraciones por la conversion de los sectarios, por aquellos hugonotes sacrilegos, á quienes no podia nombrar sin horror, y por el triunfo y consuelo de la Iglesia. Con las santas crueldades de la penitencia se sacrificaba como una hostia viva, ó puesta continuamente á las puertas de la

muerte por la salvacion de tantas almas que estaban en peligro, y hacia al mismo tiempo los mayores esfuerzos para dar á la Iglesia hijos perfectos cuyas sublimes virtudes pudiesen compensar en algun modo el número de los que despedazaban su seno. Por último, con la reforma habia ella introducido en diez y seis conventos de religiosas y catorce de religiosos todo el espíritu de que estaba animada. Habia prosperado la obra del cielo, á pesar de todas las contradicciones y persecuciones de que solo la paciencia invencible de la santa fundadora y su admirable confianza en Dios pudieron triunfar. Como segun su divisa de padecer ó morir, solo padeciendo por su Dios podia tolerar la prolongacion del destierro que la tenia distante del cielo, luego que no tuvo que padecer, fué su único consuelo el morir y no se le negó el que era objeto de todos sus deseos.

Estando en la visita de algunos conventos de su orden, logró la duquesa de Alba, por medio de los superiores regulares, tenerla algunos dias á su lado (1). Llegó enferma la santa, y despues de tener algunas conversaciones con la duquesa, se retiró al convento de las Carmelitas situado en la misma villa. Comulgó en la mañana siguiente, y habiendo padecido una debilidad extraordinaria en los ocho dias que pasaron hasta el de San Miguel, 29 de setiembre, fué acometida de una disenteria, que la hizo persuadirse de que estaba próxima su última hora. Viéndose obligada á acostarse, pidió inmediatamente los Sacramentos. Antes de recibir el Cuerpo de Jesucristo, dijo á las religiosas afligidas que la rodeaban: «os ruego, hijas mias, por el amor de nuestro Señor, que observeis inviolablemente vuestras constituciones, sin deteneros en los ejemplos de esta pecadora que va á comparecer delante de Dios y os pide la perdones sus faltas y la ayudeis con vuestras oraciones.» Despues de esto recibió el Santo Viático con los mas vivos ardo-

res del amor divino, y con una compuncion que edificó á todo el concurso. El dia siguiente, 4 de octubre (1582), espiró á las nueve de la noche despues de una agonía y un éstasis de catorce horas. Tenia sesenta y siete años y medio; habia pasado veintisiete con las carmelitas antiguas, y veinte en la reforma fundada por ella. Habiéndose abierto su sepultura al cabo de nueve meses, se encontró su cuerpo tan entero y fresco como si se acabase de enterrar.

Siendo el dia en que murió Santa Teresa el mismo en que empezó á usarse del calendario Gregoriano, el cual suprimia diez dias del antiguo mes de octubre, se contó el cuarto por el catoree, y se fijó despues la fiesta de la Santa en el dia de su entierro, que correspondia al 15 segun este nuevo estilo. De resultas de un cálculo equivocado, consecuencia inevitable en la série de un gran número de siglos, se habian ido introduciendo en el calendario unos errores de tanta consideracion, que en vez de celebrar las fiestas á su debido tiempo, caia algunas veces la Pascua en el segundo mes lunar, y habria llegado á caer en el solsticio de estío, y aun en el invierno. Hacia ya mucho tiempo que se habia conocido la necesidad de corregir este cálculo, y lo intentaron muchos Papas, pero siempre sin efecto. Por último, lo emprendió Gregorio XIII, y lo ejecutó dirigiéndose por las advertencias de los sábios de todas las naciones, y en especial por los escritos póstumos del médico Luis Lilio, natural de Roma, y por las observaciones del jesuita alemán Cristóbal Clavio, matemático profundo. Por mas útil que fuese esta correccion, bastaba que viniese de Roma para desagradar á los sectarios y facciosos, á pesar de la erudicion de que se jactaban. Solo á fuerza de tiempo pudieron disiparse sus preocupaciones rencorosas. Aun los cismáticos de Grecia cedieron antes que los protestantes, muchos de los cuales se obstinan todavia en conservar el cálculo antiguo, á pesar de sus defectos

(1) Rivera, *Vida de Santa Teresa*, l. 3, c. 13. B. del C., tomo XX. —VII.—HISTORIA ECLESIASTICA. —Tomo V.

palpables y de la confusion que introduce en el comercio y en las relaciones sociales de Europa.

Entre las virtudes de Santa Teresa, además del celo, que fué tan grande ó mayor en esta religiosa modesta y retirada que en los primeros prelados de su siglo, se admira una humildad de que apenas se puede formar idea y que la obligaba á mirar á todas sus hermanas, sin exceptuar á las religiosas mas comunes, como infinitamente mejores que ella: homenaje que no consistia en meras exterioridades, sino en una persuasion íntima que se manifestaba siempre por las obras. En efecto, consideraba á todas sus hermanas, y aun á sus hijas, como á sus verdaderas superiores; recibia con agrado y sumision sus consejos y reprensiones, y hasta cuando la vituperaban con alguna acrimonia, creia que por lo menos tenian buena intencion, y aunque sus obras eran evidentemente buenas en sí mismas, y muchas veces indispensables y mandadas por el espíritu de Dios, de quien tan particularmente fué órgano, temia que tal vez habria escedido los limites de la prudencia. En cuanto á los verdaderos superiores de la orden, aun cuando se trató de separar de ellos la parte que habia abrazado la reforma, y tuvo que sufrir verdaderas persecuciones, nunca se dió por ofendida, antes bien procuró siempre contener las quejas de las demas, y sin pensar que era ella el objeto de las persecuciones, hacia la apología de los perseguidores. Sujetaba todas sus inspiraciones y las revelaciones menos equívocas á la obediencia ordinaria. De dos órdenes que se la comunicasen, como sucedia algunas veces, la una inmediatamente por Jesucristo, y la otra por medio de su superior ó de su confesor, no se detenia en dar la preferencia á esta, proponiéndose este sistema por máxima fundamental de su conducta, la cual se dignó ratificar en muchas apariciones el divino Fundador del régimen gerárquico.

Asi por mas extraordinaria que haya sido la conducta que el espíritu de Dios observó con esta Santa tan humilde, tan cordialmente sumisa al yugo de la obediencia y de la fé, nadie puede hacerla objeto de sus censuras, á no ser la vana sabiduria del siglo ó la impiedad bufonesca y libertina. Esta muger verdaderamente fuerte y dotada de un espíritu superior, era tan poco propensa á la credulidad, y tenia tan poca inclinacion á las cosas extraordinarias, que el espíritu de Dios se vió obligado, por decirlo así, á hacerla entrar por fuerza en ellas, y siempre que se presentaba la ocasion, exhortaba á sus hijas á que anduviesen por el camino trillado. Tenemos muchas obras espirituales de esta Santa que manifiestan igualmente su inteligencia en las cosas de Dios, y con especialidad el don de oracion, y la estension y amenidad de su ingenio, y hasta la elocuencia y las gracias varoniles de su estilo, y la pureza de su diction; y son tales estas dotes, que sus obras se tienen por obras clásicas de la lengua castellana. Pero donde mas se echa de ver su admirable carácter ameno y sentimental, es en la historia de su propia vida, compuesta por obedecer á sus confesores, y en la tierna relacion de sus fundaciones.

Mucho tiempo habia que los obispos de Francia solicitaban en la corte la publicacion del concilio de Trento. En la última asamblea de Blois habian manifestado con nuevas y muy vivas instancias los deseos unánimes del clero sobre este punto; pero el temor de indisponer mas á los sectarios, y algunas otras consideraciones políticas, dejaron sin efecto esta súplica. Sin embargo, de allí á tres años (1579) se espidió en Paris un decreto, á que se dió el nombre de decreto de Blois, como dado en consecuencia de los escritos presentados por las últimas Cortes celebradas en aquella ciudad, el cual contenia sesenta y cuatro artículos de disciplina eclesiástica, tomados casi todos ellos de la d

Trento; de suerte, que aun los decretos de disciplina, sin haberse publicado formalmente en el reino, adquirieron en él, á lo menos en gran parte, fuerza de ley y de disposicion política; tambien se las vió despues pasar en su mayor parte, y bajo el nombre del concilio que se habia creído no deber publicar de otro modo, á esas instrucciones canónicas que la Iglesia de Francia recita todos los dias con la primera hora del oficio divino.

Adoptando los obispos de Francia este medio indirecto, pero eficaz, de establecer la disciplina de Trento, celebraron en cuatro años cinco concilios provinciales, no para promulgar con aparato, sino para hacer observar con exactitud unos decretos que en otras partes mas bien se publicaban que observaban (1). El concilio de Rouen, congregado en 1581 por el famoso cardenal de Borbon, arzobispo de aquella ciudad; los de Reims, Burdeos y Tours, celebrados en 1583, y el que se celebró en Bourges en 1584, respiran visiblemente el espíritu del concilio de Trento, como puede verse del cotejo de ellos; y nada desearon con mas ardor que reducirle á la práctica, asi en cuanto al dogma, como en cuanto á las costumbres y disciplina.

Los frutos de este admirable concilio pasaron, con el celo de la disciplina y de la reforma de las costumbres, mas allá del vasto Océano, hasta las estremidades del otro hemisferio (2). En Lima, capital del Perú, apenas ilustrado con las luces de la fé cuando se confirmaba esta en Trento, se celebró un concilio nacional, en que se encuentran, no solo los mismos dogmas, sino tambien las mismas reglas de conducta y de perfeccion que en las iglesias mas antiguas. No obstante, brotaba ya desgraciadamente la cizaña en un campo que habia empezado á cultivarse con tantos sudores.

(1) Labb. Conc. t. 15, p. 822, 848, 945, 1002 y 1068.

(2) Acosta, l. 2, c. 2.

Un teólogo seducido por una muger, y mirado por las gentes del pais como un oráculo, se jactaba de conversar familiarmente con Dios, y de conocer por este medio las cosas mas ocultas. Anunciaba que no tardaria en ser Papa y rey, que trasladaria al Perú la Silla apostólica, y que el estado de la Iglesia debia variarse enteramente, para creer solamente verdades sin sombra, y ser gobernada con leyes fáciles que desterrasen la confesion y el celibato de los clérigos, y concediesen la pluralidad de mugeres. Aun eran mas horribles que esta moral las impiedades especulativas de este sectario, en cuya relacion seria inútil detenernos. Este fanático expió con el fuego su obstinacion invencible.

Logró tambien el Papa Gregorio XIII hacer celebrar un concilio en la ciudad del Cairo, que es la antigua Menfis en Egipto (1582), para la reunion de los coptos ó eutiquianos, los cuales admitieron las dos naturalezas de Jesucristo, y abjuraron unánimemente sus antiguos errores (1). Habia en aquella ciudad unos cincuenta mil coptos. En fin, San Carlos Borromeo celebró su sexto y último concilio, el que, junto con sus once sinodos diocesanos, nada dejan que desear para el perfecto gobierno de una diócesis.

Habia dado la última mano á esta grande obra, para la cual parecia haber sido particularmente suscitado por Dios; y cumplida ya su mision, al entrar en los cuarenta y siete años, tuvo presentimientos de que estaba cerca su última hora. Acostumbrado á hacer todos los años en un parage retirado un exámen severo de su conducta, pasó al monte Varal, santuario de la diócesis de Novara, para prepararse con mayor atencion y cuidado á comparecer delante de aquel que juzga á las mismas justicias. Llamó al P. Adorno, de la Compañía de Jesus, que era entonces su confesor, y con la sencillez propia de un niño, se sujetó

(1) Labb. Conc. t. 15, p. 882.

á él el humilde prelado, no obstante ser él mismo tan excelente director. Redobló sus penitencias y maceraciones, sin embargo de que habitualmente eran muy rigurosas. No comía mas que un poco de pan moreno, ni usaba de otra bebida que de agua pura. No dormía mas que de tres á cuatro horas encima de unas tablas, sin mas ropa que una mala manta, y muchas veces ensangrentaba su carne inocente con crueles disciplinas. Estaba en oración casi todo el día y gran parte de la noche; y en la que precedió á la confesion general que hizo entonces de toda su vida, estuvo ocho horas en oración, derramando un torrente de lágrimas, y penetrado de un dolor tan vivo, como si tuviera que acusarse de los mas enormes delitos.

Habiendo tenido algunas accesiones de calentura, y mandándole el confesor que moderase los rigores de su penitencia, lo único que hizo fué alimentarse con un pan menos ordinario, permitir que echasen un poco de paja encima de las tablas en que dormía, y orar algunos momentos menos que antes. Agravada la calentura, le fué preciso restituirse á Milan, donde asistió á los divinos oficios en la festividad de Todos los Santos; pero al día siguiente tuvo que quedarse en cama. Despues de algunas alternativas de temor y de esperanza, empeoró de repente, y declararon los médicos que se hallaba el enfermo en un peligro próximo. Se acercó á la cama el P. Adorno, y le dijo, bañados los ojos en lágrimas, que habia llegado la hora en que iba á comparecer delante de Dios. Respondió Carlos con un santo enagenamiento, que nunca seria tan pronto como él deseaba; pidió los sacramentos, se los administraron con una solemnidad augusta, y los recibió del mismo modo que se alimentan los Santos en el cielo con el pan de los ángeles. Algunos parientes suyos y todos sus criados estaban llorando á los pies de la cama, y él los consoló y quiso darles su bendición; pero se hallaba tan débil que fué

necesario sostenerle la mano. Inmediatamente entró en una dulce agonía que duró tres horas; y habiendo manifestado muchas veces que deseaba morir en ceniza y cilicio, no quisieron los asistentes privarle de este consuelo y así uno de ellos le puso una y otro. Entonces entregó apaciblemente su alma al Señor, el día 3 de noviembre de 1584, entre nueve y diez de la noche.

Luego que el ruido de las campanas anunció esta novedad al pueblo de Milan, se con turbó toda la ciudad, salieron todos de sus casas, aunque era á deshora de la noche, y corrían por las calles lamentándose y aflunándose reciprocamente su afliccion. Era tan grande la consternacion, como si hubiese sido tomada por asalto la ciudad. Todos reclamaban al cielo su defensor y su padre y temían alguna calamidad terrible al ver que habian perdido en la flor de su edad un Pastor tan santo. Procuraron hallar algun consuelo en la pompa con que se celebraron sus funerales, á pesar de que su modestia habia dispuesto que en esta parte se le tratase como al mas humilde ciudadano. El cardenal Sfrondato, obispo de Cremona y despues Papa con el nombre de Gregorio XIV, fué el que hizo la ceremonia, á que asistieron el gobernador, el Senado, los magistrados, el cuerpo de la nobleza, la universidad, todas las comunidades y casi todos los particulares de la ciudad, de suerte, que fué necesario recurrir á la tropa para que contuviese al pueblo. Pero no tardaron en recibir otro consuelo con la infinidad de milagros que se obraban y que convirtieron el luto en triunfo, en accion de gracias y en culto religioso. Aunque jamás habia permitido que le retratasen en vida, se sacó un retrato luego que espiró, se esparció por todas partes, y aun los reyes le espusieron en sus gabinetes. Fué imposible conseguir de los pueblos que suspendiesen su culto antes que le autorizase la Iglesia, sin embargo de que no tardó mas que veintiseis años en colocarle en el número de los Santos.

Informado el Papa mucho tiempo antes del concurso prodigioso de personas de todas clases que acudían á su sepulcro, dió orden al cabildo de la metrópoli para que no se opusiese á ello.

Por el testamento que hizo el santo cardenal durante la peste, instituyó á los pobres del hospital general por sus legatarios universales, á escepcion de lo que le quedaba de su patrimonio, el cual correspondia de derecho á sus parientes, y era ya poco considerable de resultas de las desmembraciones que le habia obligado á hacer en él su caridad: una vez vendió, en tiempo de calamidad, un terreno que valia cuarenta mil escudos de oro, y al momento distribuyó este dinero entre los infelices; en otra ocasion hizo él mismo uso de veinte mil escudos que le tocaron de una herencia, y además gravó el resto de su patrimonio con algunas pensiones que señaló á sus criados. Dejó al cabildo toda su biblioteca, que era considerable, porque nunca habia creído Carlos que en casa de un obispo debia llegar la economía al alimento de la ciencia; pero el legado incomparablemente mas precioso, fué el de sus piadosos y juiciosos escritos, los cuales dejó al obispo de Vercelli, de cuyo poder pasaron á las manos de todos los prelados y han renovado la faz de todas las iglesias. San Carlos debe considerarse particularmente como el restaurador del régimen eclesiástico y del arte divino de la direccion de las almas. Se conservan en Milan, en la biblioteca del Santo Sepulcro, treinta y un tomos de cartas suyas, con un número proporcionado de tratados instructivos sobre todas las materias prácticas y mas esenciales de la Religion.

El Papa Gregorio XIII no vivió seis meses despues de la muerte del santo cardenal Borromeo, al cual habia honrado constantemente con los testimonios menos equívocos de veneracion y amistad; pero en este intervalo tuvo un consuelo tan dulce para un digno Gefé de

la Iglesia universal, que desde entonces le pareció felizmente concluida su carrera y á ejemplo del santo anciano Simeon miró la muerte como el término mas apetecido de su descanso, pues recibió las noticias y al mismo tiempo las pruebas mas auténticas de los progresos maravillosos del cristianismo en las estremidades del Asia, por medio de una embajada solemne de los principes cristianos del Japon. Desde que el Apostol de las Indias llevó el Evangelio á aquella sabia y magnánima nacion, donde no le habia honrado menos con el heroismo de sus virtudes que con lo maravilloso de sus milagros, habia prosperado de tal modo, á pesar de todos los esfuerzos del infierno, la obra principiada con tan buenos auspicios y continuada por unos operarios formados por el mismo Javier, que la Religion cristiana era casi la dominante, á lo menos entre la gente del pueblo, y aun entre el gran número de soberanos que reinan en aquel vasto imperio habia ya de doce á quince, y una multitud de principes de la sangre que hacian mucha mas estimacion de la cruz que de la diadema. La mayor parte de aquellos que arrastrados de sus pasiones perseveraban en el paganismo, miraban á lo menos con respeto las cosas que no se resolvian á practicar; y si los celos interesados de los bonzos, y la política tímida, ó las preocupaciones de algunos principes, suscitaban algunas persecuciones, contribuía esto mismo á que la fé plantada en tan buen terreno estendiese mejor sus raices y adquiriese mas consistencia.

En la ciudad de Vostuqui, situada en el reino de Bongo, fueron sublevados los infieles antes de la conversion del rey, el cual se hallaba entonces ausente, por un principe enemigo de los cristianos; y habiendo cercado la iglesia y la casa de los misioneros, quiso el superior enviar á una ciudad inmediata los vasos y ornamentos sagrados para eximirlos de toda profanacion; pero no hubo quien quisiese encargarse de ello, por temor de perder la